RECENSIONES
REVIEWS

Mederos, A.; Maier, J. y Jiménez Ávila, F. J. (2023): *La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). Los trabajos de Jorge Bonsor (1896-1911)*. Spal Monografías Arqueología, l. Sevilla: Univ. de Sevilla, 940 pp. isbn: 978-84-472-2518-7.

La monografía reseñada es una contribución significativa para la disciplina arqueológica por muchos motivos, que podríamos clasificar entre historiográficos, patrimoniales y de investigación. Historiográficos porque constituye un ejercicio de recopilación exhaustiva de una cantidad ingente de documentos dispersos, convenientemente ordenados, enjaretados e interpretados en su contexto historiográfico; patrimoniales porque ponen en valor un yacimiento arqueológico excavado hace más de cien años que ahora se presenta revisado y con sus materiales catalogados; y, en tercer lugar, es una importante contribución a la investigación sobre la Protohistoria de la península ibérica porque supone la reordenación exhaustiva de las tumbas y de los ajuares, el estudio minucioso de materiales antes descontextualizados, inconexos o de dudosa procedencia, la presentación de analíticas hoy imprescindibles en cualquier estudio arqueológico, y la reinterpretación de la necrópolis en el marco histórico de *Tarteso* y de la colonización fenicia.

El libro es un ejemplo óptimo de una línea de investigación que debería convertirse en una costumbre y en un modelo de actuación habitual en los futuros estudios arqueológicos en dos sentidos: por un lado, la promoción de la revisión y la publicación de excavaciones antiguas que, aunque bien conocidas en la bibliografía especializada, dada la metodología de excavación o la trayectoria errante de los artefactos, carecen de una sistematización imprescindible para ser consideradas registros fidedignos y se puedan integrar en el discurso científico; se trata, en este sentido, de una 'excavación' dentro de los archivos y de los museos –la *Hispanic Society* de Nueva York, el Museo Arqueológico de Sevilla, la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor, el Archivo General de Andalucía– que, en el caso que nos incumbe, ha cumplido con los objetivos principales de la obra: la reconstrucción y la ordenación de tumbas y ajuares, y la presentación a los lectores de una documentación ordenada con garantías de verosimilitud.

Por otro lado, en un sentido más metodológico, la monografía satisface una línea de trabajo que hace décadas decayó por razones en parte económicas y editoriales, pero también epistemológicas y curriculares. Los libros que presentaban los resultados de excavaciones, muy prolijos en figuras y láminas de cortes, estratigrafías y artefactos, sobre todo de cerámicas, se habían devaluado por 'arqueográficos' y por ser una evidencia palmaria del positivismo más ramplón. No obstante, las consecuencias de esta manera de pensar han sido funestas: habitualmente no se presentan los datos objetivos, sino la digestión de los mismos sin evidencia documental alguna, de manera que los investigadores tienen dos opciones: o van a los museos a revisar los materiales –en el caso de que estén depositados– o hacen un acto de fe sin el menor análisis crítico. Esto afecta –entre otras muchas circunstancias– a dos cuestiones fundamentales en el discurso arqueológico: la cronología de los contextos y su atribución funcional.

En los aspectos curriculares, el seguidismo y la complicidad de los modelos anglosajones de las agencias evaluadoras españolas en la valoración de la actividad investigadora del personal académico, tomando como referencia artículos publicados en revistas con índices de impacto –con muchas limitaciones de páginas y figuras–, ha provocado que se publiquen extractos con pocos datos y argumentos

y mayor aparato arqueométrico, en ocasiones descontextualizados del propio registro –el dato por el dato– y con escasa aportación al discurso histórico. Afortunadamente, la reacción a esta política nefasta ha desactivado en parte el negocio de las editoriales privadas y permite valorar las monografías, y consecuentemente los capítulos de libros, en su justa medida a través de los sellos de calidad de la ANECA-FECYT-UNE, restituyendo a las monografías el prestigio perdido como indicios de calidad en la investigación.

Por último, en los aspectos epistemológicos, el desprestigio del positivismo tuvo una consecuencia no deseada en las publicaciones que ya hemos comentado: la desaparición de la presentación y descripción minuciosa de las estratigrafías, de plantas de excavaciones, de artefactos, y, con ello, la imposibilidad de ejercer una labor crítica. No obstante, como decía un conocido arqueólogo marxista de la Univ. de Sevilla: "… primero hay que ser positivista, y después dedicarse a la interpretación…", frase que ejemplifica la necesidad del rigor en el análisis del registro arqueológico independientemente de los modelos epistemológicos adoptados. Y esta monografía lo cumple en la medida de lo posible, pues se trata de una documentación fragmentaria desde prácticamente los inicios de las excavaciones de G. E. Bonsor por la dispersión de los artefactos. Ha sido una labor que, haciendo cuentas, ha llevado más de dos décadas a los autores, un trabajo enormemente meritorio sobre un rompecabezas con piezas distribuidas en tres colecciones museográficas, componiendo un puzle sumamente complejo. Así mismo, además del estudio de las tumbas y los ajuares, se han incorporado otros análisis hoy imprescindibles, como son los estudios antropológicos físicos, irremplazables al tratarse de una necrópolis, los de composición de las cerámicas y de los metales, y también aportaciones las cronologías absolutas de los cementerios de la Cruz del Negro y del Camino de Bencarrón.

Por otro lado, si analizamos los aspectos formales, consideramos que las 938 páginas del volumen L de Spal Monografías Arqueología están bien editadas. El tamaño de la caja permite la profusión de figuras a color y en blanco y negro, fotos y dibujos antiguos en un tamaño adecuado. La estructura de la obra es convencional, la idónea para el estudio de una necrópolis: se encabeza con un preceptivo prólogo de M. Bendala Galán, un investigador 'histórico' en la investigación sobre *Tarteso* y director del proyecto del estudio de materiales comprados por A. M. Huntington y depositados en la *Hispanic Society*, y con una introducción de los tres autores de la monografía. Otro capítulo está dedicado al análisis historiográfico de la figura de J. Bonsor, obra del máximo especialista en la figura de este pionero, Jorge Maier, y de la repercusión de las excavaciones en la Cruz del Negro en las investigaciones hispanas, haciendo un repaso de los principales autores durante las siete últimas décadas de la arqueología española –A. García y Bellido, M. Almagro Basch, A. Blanco Freijeiro, J. M. Blázquez, J. Maluquer, M. Almagro Gorbea, M. E. Aubet, J. Alvar, C. G. Wagner, M. Belén o J. L. Escacena–.

El siguiente apartado se titula "Tumbas y ritos" y engloba dos capítulos: el primero, sobre las campañas de Bonsor en la necrópolis entre 1898 y 1905, es obra de J. Maier, quien ordena y describe las tumbas tomando como referencias los diarios de Bonsor. El segundo capítulo está dedicado al estudio de las sepulturas y del ritual funerario, obra de los otros dos autores, F. J. Jiménez Ávila y A. Mederos. Ambos repasan minuciosamente las tipologías de las tumbas, los ritos funerarios –cremación, inhumación– y los ajuares según la tecnología de fabricación de los artefactos: cerámica, objetos metálicos y otros.

El tercer bloque está dedicado al estudio de los materiales arqueológicos y abarca más de seiscientas páginas, lo cual lo convierte en la parte principal de la monografía y donde los autores mejor expresan su metodología de trabajo y su adhesión a una episteme o modelo interpretativo concreto que comentaremos después. El equipo ha realizado una división en grupos de artefactos utilizando criterios tipológicos, sobre todo en el caso de las cerámicas –urnas Cruz del Negro, vasos *á chardon*, ánforas fenicias, platos y cuencos, jarros de boca de seta, quemaperfumes (ambos engobados en rojo), lucernas

fenicias, botellitas de aceite perfumado, cerámica gris, cerámicas modeladas a mano pintadas y con decoración impresa o incisa–, o bien teniendo en cuenta la materia prima –marfil y hueso, cáscaras de huevo de avestruz, recipientes de alabastro, artefactos de bronce y de hierro–, o aunando materia prima y funcionalidad –joyas de oro y plata, adornos de pasta vítrea, cornalina, etc.–. Se trata en todo caso de un análisis artefactual de gran valor porque se exponen profusamente datos siguiendo un esquema más o menos fijo: la descripción del tipo, los paralelos distribuidos a partir de la geografía de dispersión, primero en la Península Ibérica –con apartados según áreas concretas–, en el Mediterráneo central y norte de África y, en ocasiones, Próximo Oriente, finalizando con un útil y completo catálogo de los objetos hallados en la Cruz del Negro.

La cuarta parte está dedicada a los estudios analíticos de artefactos y ecofactos, que suponen un valor añadido a la monografía. Son cuatro y se centran en los restos humanos de las necrópolis del Cruz del Negro y del Camino de Bencarrón conservados en la Casa-Museo Bonsor de Mairena del Alcor, obra de V. Peña Romo; los análisis espectométricos realizados en cinco urnas tipo Cruz del Negro, llevados a cabo por M. Krueger, que ya había estudiado algunos vasos cerámicos de otra necrópolis coetánea, Setefilla; las determinaciones de C^{14} realizadas en restos óseos de las necrópolis de la Cruz del Negro y del Camino de Bencarrón por D. Brandheim; y los análisis cualitativos XRF de objetos de metal realizados por I. Montero. El último apartado lo constituyen las conclusiones, divididas en una síntesis final de los tres autores, y un apéndice de J. Jiménez Ávila en forma de cuadros donde se exponen las actividades de todo tipo realizadas en el yacimiento entre el s. XIX y el s. XXI. Por último, el preceptivo apartado de bibliografía es muy completo y extenso, de acuerdo con la documentación presentada y con la erudición desarrollada en toda la obra. La monografía concluye con un resumen en inglés de cuatro páginas.

Como ya hemos comentado, se trata de una obra con un gran valor historiográfico, patrimonial y arqueológico por su significativa aportación al conocimiento. Sin mermar un ápice esta consideración, creemos pertinente realizar una reflexión crítica no tanto sobre los datos expuestos ni sobre las cuestiones formales sino, sobre todo, sobre los aspectos metodológicos y los modelos interpretativos, no precisados, pero sí manifestados a lo largo de toda la obra. El propio título, la necrópolis 'orientalizante' es una declaración de principios que ya merece un comentario. Este término fue importado de otras latitudes, concretamente de Grecia y de Etruria y, en su momento, tuvo un significado artístico, de 'estilo', en referencia a la difusión de expresiones plásticas difundidas en época arcaica desde Próximo Oriente a través de diversos mecanismos. En la Península Ibérica tuvo una aceptación generalizada porque solucionaba un problema, el de la recepción y difusión de artefactos, singularmente bronces, de estética fenicia, aunque no se solucionaba el problema de la fabricación, distribución y consumo de productos 'orientalizantes'. La opinión mayoritaria es que, ya fueran fabricados en Fenicia, en las colonias fenicias de Occidente o en talleres indígenas aculturados, lo que parece evidente es que surtían y satisfacían a través del comercio a las aristocracias indígenas en sus ansias de emulación y lujo. La aculturación fue el mecanismo escogido para explicar estos y otros fenómenos similares y el papel de las élites como agentes del cambio social, y constituía el eje del discurso, dejando a los colonos fenicios un papel subsidiario. Este es, sintetizando mucho y con los matices que se quieran añadir, el discurso configurado en los años 70-90 del s. XX por M. Almagro Gorbea y por M. E. Aubet, y el seguido básicamente por los autores, discípulos a la sazón del primer autor.

Este modelo tiene como base metodológica el historicismo cultural que, resumiendo, identifica etnia o pueblo con cultura material en el sentido de que los objetos representan ideas compartidas por toda la comunidad, de manera que la comparecencia de determinados artefactos o de conjuntos de estos identificaría a una etnia o a una cultura determinada. La acumulación de datos y el gusto por la descripción y la dispersión de los objetos, como medios de obtención de datos cronológicos, son

las señas de identidad de esta manera de analizar el registro que, como se ha visto, preside el esquema del libro, y que se puede clasificar dentro de los márgenes del positivismo. Sin embargo, como en el capítulo historiográfico se presenta, esta interpretación no es unánime y fue primeramente contestada por C.G. Wagner y J. Alvar, críticos con la aculturación como mecanismo de cambio social y como explicación del fenómeno 'orientalizante', quienes retomaron además la idea expuesta por Bonsor –y después por Whitakker– de que los cementerios de Los Alcores, y concretamente la Cruz del Negro, eran los lugares de enterramiento de colonos fenicios. El factor fenicio cobraría fuerza con las excavaciones en Montemolín de F. Chaves y M. L. de la Bandera en la década de los 80, y las revisiones de El Carambolo y otros yacimientos de J. L. Escacena y M. Belén en los 90.

Se visibiliza así una cuestión latente en toda la monografía, la de la identidad étnica de los enterrados en la Cruz del Negro. Los autores, en las conclusiones, proponen que eran los habitantes de Carmona siguiendo una tradición funeraria incineradora ya existente durante el Bronce Final, por ejemplo, en las tumbas más antiguas de cementerios como Setefilla y Las Cumbres, o las supuestas cremaciones halladas junto a una estela de guerrero en el Cortijo de la Reina, Córdoba. Pero el fenómeno de las estelas es de procedencia septentrional, meseteña, y no tiene conexión con las cremaciones que, o son de origen fenicio o, improbablemente, de la cultura de Campos de Urnas. También se utilizan como argumento las diferencias en los ajuares y rituales entre la necrópolis alcoreña y los cementerios fenicios –Almuñécar, Hoya de los Rastros en Ayamonte, Trayamar–. No obstante, son menos los pros que los contras en esta hipótesis, cuyos criterios son metodológicamente endebles como también los argumentos, que pretendemos evidenciar en estas preguntas: ¿la datación de estas necrópolis incineradoras es prefenicia?, ¿no hay una contradicción entre la cronología de la colonización fenicia, según A. Mederos en el s. x a. C., y las dataciones de estas necrópolis (Setefilla, Las Cumbres, Cruz del Negro), mucho más tardías?, ¿no es la inhumación en poblado, como en Jardín de Alá y Vega de Santa Lucía, la costumbre local, que entroncaría con los registros del Bronce Pleno?, ¿por qué los autores no comparan Cruz del Negro con otras necrópolis fenicias coetáneas muy similares, como Puig des Molins, Villaricos, Cádiz y, muy recientemente, Cortijo de Acebedo en Mijas?, ¿cómo se enterraron aquellas comunidades mestizas no solo en el aspecto cultural sino también biológico?, ¿por qué los aspectos rituales siguen el modelo fenicio y no el –desconocido– local?

Son preguntas que nos hacemos precisamente por la lectura de esta voluminosa monografía, que ha cumplido con los principales objetivos que debe tener una publicación científica: aportar conocimiento y generar reflexión. Habrá que esperar a la edición de las intervenciones arqueológicas más recientes, actualmente en proceso de estudio, para contrastar los datos aportados por excavaciones distanciadas entre ellas un siglo.

Eduardo Ferrer Albelda
Dpto. de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia-Univ. de Sevilla
C/ Doña María de Padilla, s/n
41004 Sevilla
Correo-e: eferrer@us.es
ID ORCID: https://orcid.org/0000-0001-8083-1565